



EL CUENTO

La literatura nos invita a participar de mundos diversos y a crear nuevas imágenes de la realidad. Esta actividad potencia la imaginación y propone al lector otras maneras de comprender lo que lo rodea..

Cuando leemos, no esperamos comprobar la veracidad de una historia, sino interpretar el mundo narrado como verosimilitud, es decir, como similar al real. A través de la lectura de narraciones, como los mitos, las leyendas, los cuentos y las novelas, todo se vuelve más cercano. El que lee se transforman se calza la piel de los personajes y se pone en el lugar de otro.

¿Qué es un cuento?

La palabra cuento proviene del latín computum que significa cuenta o enumeración. Básicamente, un cuento es una enumeración de hechos o de acciones; es una narración breve, oral o escrita, que trata de un solo tema. Lo esencial en esas narraciones es lo que ocurre, es decir, el suceso y el modo como se resuelve.

En los cuentos predomina una trama sencilla, el desarrollo rápido de la acción, la intervención de pocos personajes, un final inesperado, entre otras características.

Estas narraciones literarias tienen una trama y una superestructura narrativa: situación inicial, complicación, resolución, situación final y evaluación. Generalmente, la intención es estética y la función del lenguaje, poética o literaria.

¿Qué es la VOZ en una narración?

La voz: ¿quién narra? No es lo mismo autor que narrador. Los distintos tipos de narrador son:

- **Narrador protagonista:** es el personaje principal. Cuenta lo que le pasa y siente. Las marcas textuales que nos permiten reconocerlo son los verbos en primera persona y los pronombres personales : a mí, yo, me pasó. Por ejemplo: *lo primero y lo último que recuerdo de mi padre es un empujón de Juan Sasturain, S.A. Madrid.*
- **Narrador testigo:** solo conoce lo que ve o escucha de los personajes. Puede utilizar la primera o tercera persona. Por ejemplo: *Esta historia que les voy a contar aquí no sé muy bien dónde empieza, ni siquiera sé dónde termina. No sé si empieza el día que empezaron a cavar de Graciela Montes, Alfaguara.*
- **Narrador omnisciente:** como su nombre lo indica, sabe qué piensan y qué sienten los personajes. Se expresa a través de la tercera persona. Por ejemplo: *Había una vez un rey que vivía solo en su castillo...*



El tiempo y el espacio

En cuento al tiempo, los cuentos no siempre tienen la misma relación temporal entre el texto escrito -relato- y la historia que se cuenta. En general, hay saltos temporales.

En cuanto al espacio, puede ser literal o metafórico -el cielo, el infierno- y a veces parece un personaje más. En algunos, el escenario y sus características constituyen el ambiente del cuento. A veces, las oposiciones entre espacios abiertos (campos, cementarios) y cerrados (sótano o aulas) también aportan un matiz de sentido: la libertad o el encierro, por ejemplo.

La estructura de la narración

Las narraciones suelen organizarse en tres partes.

La Introducción o situación inicial: se presentan los personajes, el lugar y el espacio en que transcurre la historia.

El **nudo o conflicto:** se presentan los sucesos que modifican la situación inicial. Allí se narran una o varias complicaciones, que se desarrollan en distintas secuencias narrativas, con sus respectivas resoluciones.

El **deslace o situación final:** los hechos se reacomodan y se presenta una nueva situación, resultado de los ocurrido en el relato.

TIPOS DE CUENTOS

Existen diferentes tipos de cuentos de acuerdo con los temas que tratan, los rasgos de sus personajes y el efecto que pretenden lograr en los lectores:

-Realistas: Presentan situaciones que “pueden ocurrir” en la vida real; pero no son una copia exacta de esta, sino su recreación ficcional; incluyen descripciones minuciosas de los personajes y del escenario.

-Fantásticos: mezclan elementos reales con elementos irreales o inexplicables, que generan duda o incertidumbre en el lector; este vacila entre una explicación natural o sobrenatural de los hechos narrados. Se elabora un relato verosímil al que añade elementos extraños con la intención de producir la duda y el suspenso, curiosidad y miedo en el lector.

-Policiales: se centran en un delito o crimen y en la búsqueda de sus responsables por un detective que pretende que se haga justicia.

-Maravilloso: presentan personajes como el dragón, las princesas, las hadas y otros elementos que el lector acepta de antemano, sin exigir ninguna explicación racional.

-De terror: narran historias que producen sensaciones de miedo, inquietud y desconcierto en el lector. Los hechos se desarrollan en ambientes tenebrosos, donde suele ocurrir un



acontecimiento inesperado. Por lo general, la acción ocurre en horas de la noche y está acompañado de truenos, relámpagos y otros sonidos atemorizantes. La presencia de extraños personajes y la descripción de sus rasgos más sobrecogedores también contribuyen a generar miedo y suspenso.

-De ciencia ficción: es una variante de la literatura fantástica, surge debido a las conquistas y premoniciones científicas. Trata de demostrar los futuros posibles y como estos podrían afectar a los seres humanos. En este tipo de cuento muchas veces se cuestiona el avance desmedido de la tecnología y sus posibles consecuencias. Sus autores realizan predicciones, exageraciones, denuncias, etc. El lector no cree ni descrea de lo que se relata, oscila entre la fe y la incredulidad ya que el escritor de ciencia ficción parte de elementos verosímiles, aunque irreales.

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

La casa B... en Camden Hill

La casa que habitaba el matrimonio B... en Camden-Hill no tenía nada de particular, salvo su gran número de habitaciones, todas ellas igualmente confortables. El señor y la señora B... la habían alquilado por un precio razonable a un hombre de negocios de Temple, con la intención de convertirla en una pensión, donde pudieran alojarse modestos funcionarios o empleados de la vecindad.

Al principio, gracias a sus económicas tarifas, el negocio prosperó, pero un buen día un joven empleado llamado Rose se marchó bruscamente alegando que su habitación estaba embrujada. Los esposos B... jamás habían ocupado aquella habitación, una sala espaciosa que daba al jardín. De este modo, antes de volverla a alquilar, decidieron comprobar por sí mismos lo que ocurría en ella.

Desde la primera noche debieron reconocer que Rose no había mentido.

Entre la una y las dos de la madrugada, la señora B... fue despertada por un extraño ruido, “como el de un enorme gato haciéndose la manicura sobre el parquet”. Casi al mismo tiempo, su marido también se despertó y los dos escucharon en silencio cómo el extraño ruido aumentaba, y luego disminuía en intensidad, como si su misterioso autor se acercara y alejara alternativamente de la cama.

Al fin, el señor B... no pudo más y gritó:

-¿Quién eres y qué haces aquí?

El ruido cesó, pero un segundo después fueron arrastrados violentamente los cubrecamas y las sábanas.

La señora B... encendió el mechero y alumbró una vela que guardaba cerca de sí. En la habitación no había nada insólito, sin embargo, no hubo manera de encontrar las sábanas y los cubrecamas.



Se levantaron, cerraron la habitación con llave y se fueron a pasar el resto de la noche en su dormitorio. A la mañana siguiente, volvieron a la habitación de Rose y encontraron las sábanas y los cubrecamas hechos un ovillo encima de la cama; los cubrecamas, de gruesa lana, estaban intactos, pero las sábanas estaban completamente hechas jirones.

La señora B... se negó a repetir la experiencia, pero su esposo se obstinó en ello y a la noche siguiente volvió a instalarse en la habitación embrujada. Esta vez mantuvo una linterna encendida en la cabecera de la cama. Tardó mucho en dormirse, pero cuando empezaba a vencerlo el sueño, fue sobresaltado por el mismo ruido de la noche anterior. El señor B... se incorporó y vio a la luz de la lamparilla a un viejecito de aspecto miserable, escasamente vestido, de pie en el centro de la habitación. Llevaba un curioso casquete de piel de gato y contemplaba al durmiente con manifiesta desconfianza.

Pese a estar bastante asustado, el señor B... preguntó al misterioso intruso cuáles eran sus intenciones. Por toda respuesta, éste empezó a resoplar como un gato encolerizado e intentó agarrar las sábanas. Entonces el señor B... se dio cuenta de que sus manos descarnadas eran extraordinariamente largas y que terminaban en desmesuradas uñas. Por casualidad el señor B... había puesto a su alcance una caña de junco, la tomó y con ella intentó pegarle al visitante nocturno. No encontró resistencia alguna y el junco atravesó el cuerpo del viejecito como si fuera de humo.

Entonces el fantasma retrocedió, profiriendo gestos de amenaza; hundiéndose en la pared, desapareció. La noche terminó tranquilamente. Los esposos B... sacaron los muebles de la habitación y la cerraron. El fantasma no truncó la paz de ninguna de las otras habitaciones. Pero aproximadamente dos años más tarde el matrimonio B... habló del extraño suceso a uno de sus primos, un marino de Kingston, que había venido a visitarles.

El marinero era un hombre robusto y de un sólido sentido común; por cortesía no quiso poner en duda las afirmaciones de sus primos, pero decidió pasar la noche en la habitación embrujada. Con este fin, la amueblaron con una pequeña cama de campo, una mesita de luz y una silla, y colocaron una lámpara encendida en la consola de la chimenea. El marinero tardó muy poco en dormirse pues no creía en historias de fantasmas.

Había cerrado su habitación con llave e incluso había asegurado la puerta con un sólido cerrojo provisional. Entre la una y las dos de la madrugada, fue despertado por una fuerte sacudida en su cama y vio al viejecito del casquete de piel de gato que le observaba encolerizado.

Cuando el marino se disponía a levantarse, el fantasma retrocedió, resoplando como un gato furioso, y desapareció. Luego se oyeron muchos golpes de gran violencia contra o dentro de los muros y un enorme trozo de yeso se desprendió del techo. Pero el espectro no volvió a aparecer.

Poco después los esposos B... se marcharon de Londres para establecerse en Kingston y no se supo más de la casa de Camden-Hill.

Catherine Crowe (Publicado en 1948)



EL VESTIDO DE TERCIOPELO

SILVINA OCAMPO

Sudando, secándonos la frente con pañuelos, que humedecemos en la fuente de la Recoleta, llegamos a esa casa, con jardín, de la calle Ayacucho. ¡Qué risa!

Subimos en el ascensor al cuarto piso. Yo estaba malhumorada, porque no quería salir, pues mi vestido estaba sucio y pensaba dedicar la tarde a lavar y a planchar la colcha de mi camita. Tocamos el timbre: nos abrieron la puerta y entramos, Casilda y yo, en la casa, con el paquete. Casilda es modista. Vivimos en Burzaco y nuestros viajes a la capital la enferman, sobre todo cuando tenemos que ir al barrio norte, que queda tan a trasmano. De inmediato Casilda pidió un vaso de agua a la sirvienta para tomar la aspirina que llevaba en el monedero. La aspirina cayó al suelo con vaso y monedero. ¡Qué risa!

Subimos una escalera alfombrada (olía a naftalina), precedidas por la sirvienta, que nos hizo pasar al dormitorio de la señora Cornelia Catalpina, cuyo nombre fue un martirio para mi memoria. El dormitorio era todo rojo, con cortinajes blancos y había espejos con marcos dorados. Durante un siglo esperamos que la señora llegara del cuarto contiguo, donde la oíamos hacer gárgaras y discutir con voces diferentes. Entró su perfume y después de unos instantes, ella con otro perfume. Quejándose, nos saludó:

—¡Qué suerte tienen ustedes de vivir en las afueras de Buenos Aires! Allí no hay hollín, por lo menos. Habrá perros rabiosos y quema de basuras... Miren la colcha de mi cama. ¿Ustedes creen que es gris? No. Es blanca. Un campo de nieve —me tomó del mentón y agregó—: —No te preocupan estas cosas. ¡Qué edad feliz! Ocho años tienes, ¿verdad? —y dirigiéndose a Casilda; agregó—: ¿Por qué no le coloca una piedra sobre la cabeza para que no crezca? De la edad de nuestros hijos depende nuestra juventud.

Todo el mundo creía que mi amiga Casilda era mi mamá. ¡Qué risa!

—Señora, ¿quiere probarse? —dijo Casilda, abriendo el paquete que estaba prendido con alfileres. Me ordenó: —Alcanza de mi cartera los alfileres.

—¡Probarse! ¡Es mi tortura! ¡Si alguien se probara los vestidos por mí, qué feliz sería! Me cansa tanto.

La señora se desvistió y Casilda trató de ponerle el vestido de terciopelo.

—¿Para cuándo el viaje, señora? —le dijo para distraerla.

La señora no podía contestar. El vestido no pasaba por sus hombros: algo lo detenía en el cuello. ¡Qué risa!

—El terciopelo se pega mucho, señora, y hoy hace calor. Pongámosle un poquito de talco.

—Sáquemelo, que me asfixio —exclamó la señora.

Casilda le quitó el vestido y la señora se sentó sobre el sillón, a punto de desvanecerse.



Espacio Curricular: Lengua

Curso: 1ºA

Prof.: Marisa Crim

TEMA: NARRATIVA-CUENTOS LITERARIOS

—¿Para cuándo será el viaje, señora? —volvió a preguntar Casilda para distraerla.

—Me iré en cualquier momento. Hoy día, con los aviones, uno se va cuando quiere. El vestido tendrá que estar listo. Pensar que allí hay nieve. Todo es blanco, limpio, y brillante.

—Se va a París, ¿no?

—Iré también a Italia.

—¿Vuelve a probarse el vestido, señora? En seguida terminamos.

La señora asintió dando un suspiro.

—Levante los dos brazos para que le pasemos primero las dos mangas —dijo Casilda, tomando el vestido y poniéndoselo de nuevo.

Durante algunos segundos Casilda trató inútilmente de bajar la falda, para que resbalara sobre las caderas de la señora. Yo la ayudaba lo mejor que podía. Finalmente consiguió ponerle el vestido. Durante unos instantes la señora descansó extenuada, sobre el sillón; luego se puso de pie para mirarse en el espejo. ¡El vestido era precioso y complicado! Un dragón bordado de lentejuelas negras, brillaba sobre el lado izquierdo de la bata. Casilda se arrodilló, mirándola en el espejo, y le redondeó el ruedo de la falda. Luego se puso de pie y comenzó a colocar alfileres en los dobleces de la bata, en el cuello, en las mangas. Yo tocaba el terciopelo: era áspero cuando pasaba la mano para un lado y suave cuando la pasaba para el otro. El contacto de la felpa hacía rechinar mis dientes. Los alfileres caían sobre el piso de madera y yo los recogía religiosamente uno por uno. ¡Qué risa!

—¡Qué vestido! Creo que no hay otro modelo tan precioso en todo Buenos Aires —dijo Casilda, dejando caer un alfiler que tenía entre sus dientes—. ¿No le agrada, señora?

—Muchísimo. El terciopelo es el género que más me gusta. Los géneros son como las flores: uno tiene sus preferencias. Yo comparo el terciopelo a los nardos.

—¿Le gusta el nardo? Es tan triste —protestó Casilda.

—El nardo es mi flor preferida, y sin embargo me hace daño. Cuando aspiro su olor me descompongo. El terciopelo hace rechinar mis dientes, me eriza, como me erizaban los guantes de hilo en la infancia y, sin embargo, para mí no hay en el mundo otro género comparable. Sentir su suavidad en mi mano, me atrae aunque a veces me repugne. ¡Qué mujer está mejor vestida que aquella que se viste de terciopelo negro! Ni un cuello de puntilla le hace falta, ni un collar de perlas; todo estaría de más. El terciopelo se basta a sí mismo. Es suntuoso y es sobrio.

Cuando terminó de hablar, la señora respiraba con dificultad. El dragón también. Casilda tomó un diario que estaba sobre una mesa y la abanicó, pero la señora la detuvo, pidiéndole que no le echara aire, porque el aire le hacía mal. ¡Qué risa!



En la calle oí gritos de los vendedores ambulantes. ¿Qué vendían? ¿Frutas, helados, tal vez? El silbato del afilador, y el tilín del barquillero recorrían también la calle. No corrí a la ventana, para curiosear, como otras veces. No me cansaba de contemplar las pruebas de este vestido con un dragón de lentejuelas. La señora volvió a ponerse de pie y se detuvo de nuevo frente al espejo tambaleando. El dragón de lentejuelas también tambaleó. El vestido ya no tenía casi ningún defecto, sólo un imperceptible frunce debajo de los dos brazos. Casilda volvió a tomar los alfileres para colocarlos peligrosamente en aquellas arrugas de género sobrenatural, que sobran.

—Cuando seas grande —me dijo la señora— te gustará llevar un vestido de terciopelo, ¿no es cierto?

—Sí —respondí, y sentí que el terciopelo de ese vestido me estrangulaba el cuello con manos enguantadas. ¡Qué risa!

—Ahora me quitaré el vestido —dijo la señora.

Casilda la ayudó a quitárselo tomándolo del ruedo de la falda con las dos manos. Forcejeó inútilmente durante algunos segundos, hasta que volvió a acomodarle el vestido.

—Tendré que dormir con él —dijo la señora, frente al espejo, mirando su rostro pálido y el dragón que temblaba sobre los latidos de su corazón—. Es maravilloso el terciopelo, pero pesa —llevó la mano a la frente—. Es una cárcel. ¿Cómo salir? Deberían hacerse vestidos de telas inmateriales como el aire, la luz o el agua.

—Yo le aconsejé la seda natural —protestó Casilda.

La señora cayó al suelo y el dragón se retorció. Casilda se inclinó sobre su cuerpo hasta que el dragón quedó inmóvil. Acaricié de nuevo el terciopelo que parecía un animal. Casilda dijo melancólicamente:

—Ha muerto. ¡Me costó tanto hacer este vestido! ¡Me costó tanto, tanto!

¡Qué risa!

Gran Hermano

Silvia Schujer

Me lo preguntaron como veinte veces. Y yo les contesté las veinte veces lo mismo: que sí, que me animaba. Que a los doce años pasar una noche sin los viejos no era nada del otro mundo y que yo podía hacerlo.

Y que podía hacerme cargo de la insufrible bola de plomo de mi hermana. Y que ante cualquier problema llamaba al portero.



Espacio Curricular: Lengua

Curso: 1ºA

Prof.: Marisa Crim

TEMA: NARRATIVA-CUENTOS LITERARIOS

Eso y mucho más les aseguré a mis padres aquella noche. Cuando me despertaron a eso de las once y me preguntaron de tantas maneras distintas si yo me animaba a quedarme solo en la casa mientras ellos –por alguna razón que entonces no dieron pero que se les notaba en la humedad de los ojos– se iban hasta el día siguiente.

Entonces nos despedimos y cerré la puerta por dentro. Escuché el ruido del ascensor cuando llegaba a la planta baja y a los dos segundos, los pasitos de mi hermana (ya dije que era insufrible) caminando hacia donde estaba yo. ¡Qué pesada! Siempre encima, siempre detrás.

–¿A dónde se fueron? –me preguntó entonces.

–Ni idea –le contesté haciéndome el responsable–, salieron un ratito.

–Mentira –dijo ella. Hasta mañana no vuelven.

–¿Y vos cómo sabés? ¿No estabas durmiendo?

–No –dijo–. Estaba esperando a los Reyes.

–¡Cierto! ¡Los Reyes! –murmuré– ¡Nos habíamos olvidado!

–¿Quién se había olvidado? –me apuró el monstruo–. Yo no. Y vos tampoco porque tus zapatos ahí están.

Los que se habían olvidado eran ellos, me acuerdo que pensé entonces.

Preocupados como estaban, se habían ido sin dejarme ningún tipo de recomendación sobre el asunto y esa noche venían los Reyes. ¿Qué hacía yo con una hermana que todavía dejaba el agua para los camellos? ¿La sentaba en mis rodillas y le contaba? ¿La mantenía despierta unas cuantas horas más para que después se durmiera hasta que llegaran mis padres? ¿Me hacía el tarado y dejaba los zapatos vacíos?

Como no se me ocurría nada, lo primero que hice fue acompañar al pequeño plomo a la cama y leerle ese cuento de las uvas que tanto le gustaba. Quería que el sueño la venciera de una vez por todas así yo podía dedicarme a pensar tranquilo.



La alucinación de Staley Fleming

Ambrose Bierce

De los dos hombres que estaban hablando, uno era médico.

-Le pedí que viniera, doctor, aunque no creo que pueda hacer nada. Quizás pueda recomendarme un especialista en psicopatía, porque creo que estoy un poco loco.

-Pues parece usted perfectamente -contestó el médico.

-Juzgue usted mismo: tengo alucinaciones. Todas las noches me despierto y veo en la habitación, mirándome fijamente, un enorme perro negro de Terranova con una pata delantera de color blanco.

-Dice usted que despierta; ¿pero está seguro de eso? A veces, las alucinaciones tan sólo son sueños.

-Oh, despierto, de eso estoy seguro. A veces me quedo acostado mucho tiempo mirando al perro tan fijamente como él a mí... siempre dejo la luz encendida. Cuando no puedo soportarlo más, me siento en la cama: ¡y no hay nada en la habitación!

-Mmmm... ¿qué expresión tiene el animal?

-A mí me parece siniestra. Evidentemente sé que, salvo en el arte, el rostro de un animal en reposo tiene siempre la misma expresión. Pero este animal no es real. Los perros de Terranova tienen un aspecto muy amable, como usted sabrá; ¿qué le pasará a éste?

-Realmente mi diagnosis no tendría valor alguno: no voy a tratar al perro.

El médico se rió de su propia broma, pero sin dejar de observar al paciente con el rabillo del ojo. Después, dijo:

-Fleming, la descripción que me ha dado del animal concuerda con la del perro del fallecido Atwell Barton.

Fleming se incorporó a medias en su asiento, pero volvió a sentarse e hizo un visible intento de mostrarse indiferente.

-Me acuerdo de Barton -dijo-. Creo que era... se informó que... ¿no hubo algo sospechoso en su muerte?

Mirando ahora directamente a los ojos de su paciente, el médico respondió:

-Hace tres años, el cuerpo de su viejo enemigo, Atwell Barton, se encontró en el bosque, cerca de su casa y también de la de usted. Había muerto acuchillado. No hubo detenciones porque no se encontró ninguna pista. Algunos teníamos nuestra «teoría». Yo tenía la mía. ¿Pensó usted algo?



Espacio Curricular: Lengua

Curso: 1ºA

Prof.: Marisa Crim

TEMA: NARRATIVA-CUENTOS LITERARIOS

-¿Yo? Por su alma bendita, ¿qué podía saber yo al respecto? Recordará que marché a Europa casi inmediatamente después, y volví mucho más tarde. No puede pensar que en las escasas semanas que han transcurrido desde mi regreso pudiera construir una «teoría». En realidad, ni siquiera había pensado en el asunto. ¿Pero qué pasa con su perro?

-Fue el primero en encontrar el cuerpo. Murió de hambre sobre su tumba.

Desconocemos la ley inexorable que subyace bajo las coincidencias. Staley Fleming no, o quizás no se habría puesto en pie de un salto cuando el viento de la noche trajo por la ventana abierta el aullido prolongado y lastimero de un perro distante. Recorrió varias veces la habitación bajo la mirada fija del médico, hasta que, parándose abruptamente delante de él, casi le gritó:

-¿Qué tiene que ver todo esto con mi problema, doctor Halderman? Se ha olvidado del motivo de que le hiciera venir.

El médico se levantó, puso una mano sobre el brazo del paciente y le dijo con amabilidad:

-Perdóneme. Así, de improviso, no puedo diagnosticar su trastorno... quizás mañana. Hágame el favor de acostarse dejando la puerta sin cerrar; yo pasaré la noche aquí, con sus libros. ¿Podrá llamarme sin levantarse de la cama?

-Sí, hay un timbre eléctrico.

-Perfectamente. Si algo le inquieta, pulse el botón, pero sin erguirse. Buenas noches.

Instalado cómodamente en un sillón, el médico se quedó mirando fijamente los carbones ardientes de la chimenea y meditando en profundidad, aunque aparentemente sin propósito, pues frecuentemente se levantaba y abría la puerta que daba a la escalera, escuchaba atentamente y después volvía a sentarse. Sin embargo, acabó por quedarse dormido y al despertar había pasado ya la medianoche. Removió el fuego, cogió un libro de la mesa que tenía a su lado y miró el título. Eran las *Meditaciones* de Denneker. Lo abrió al azar y empezó a leer.

«Lo mismo que ha sido ordenado por Dios que toda carne tenga espíritu y adopte por tanto las facultades espirituales, también el espíritu tiene los poderes de la carne, aunque se salga de ésta y viva como algo aparte, como atestiguan muchas violencias realizadas por fantasmas y espíritus de los muertos. Y hay quien dice que el hombre no es el único en esto, pues también los animales tienen la misma inducción maligna, y...»

Interrumpió su lectura una conmoción en la casa, como si hubiera caído un objeto pesado. El lector soltó el libro, salió corriendo de la habitación y subió velozmente las escaleras que conducían al dormitorio de Fleming. Intentó abrir la puerta pero, contrariando sus instrucciones, estaba cerrada. Empujó con el hombro con tal fuerza que ésta cedió. En el suelo, junto a la cama en desorden, vestido con su camión, yacía Fleming moribundo.

El médico levantó la cabeza de éste del suelo y observó una herida en la garganta.

-Debería haber pensado en esto -dijo, suponiendo que se había suicidado.



Cuando el hombre murió, el examen detallado reveló las señales inequívocas de unos colmillos de animal profundamente hundidos en la vena yugular.

Pero allí no había habido animal alguno.

Campamento en Maschwitz

Pedro Mairal

Está todo primer y segundo grado levantando campamento, haciendo las mochilas. Se acabó el fin de semana en Maschwitz, el primer campamento de nuestra vida. Acampamos junto a un lago, bajo unos eucaliptus; el suelo está cubierto de esas hojas curvas, verdes, amarillas y rosadas. Tuvimos que traer una lista de cosas: bolsa de dormir, linterna, coy, mugo enlosado, cantimplora, repelente para insectos, brújula, soga de diez metros. Fue muy divertido desplegar todo ese arsenal durante el fin de semana, pero ahora hay que intentar guardarlo y sobran cosas que quedaron desparramadas, sin dueño.

El Gómez, que es profesor de educación física y cuando se enoja se le estira el bigote, está pasando uno por uno ayudando a armar bien las mochilas. Yo anoche me hice pis en la bolsa de dormir. Nadie lo sabe. El Gómez desarma las mochilas que están mal armadas y las arma de nuevo. Desenrolla la bolsa de dormir en la luz pública y la vuelve a enrollar. Eso es malo, porque se va a notar mi pis. Anoche traté de concentrarme en no hacerme pis, pero me olvidé. En algún momento me quedé dormido sin acordarme de eso, porque estábamos divertidos con el Vaca y Crespo y Miguel por la novedad de dormir en carpa: probábamos las linternas, lo iluminábamos en la cara a Fidalgo mientras dormía, hablábamos mal de él, hasta que dijo "estoy despierto y escuché todo", y nos reímos más todavía. Entonces en algún momento me dormí sin acordarme y a la mañana sentí que estaba mojado y recé para que fuera sudor, pero no era, y encima se notaba.

Yo sé que hay cosas más graves, que a otros les pasaron cosas peores. Por ejemplo, Diego Larroque casi se muere ahorcado con la soga de diez metros de nailon plastificada cuando jugaba con Rosemberg a las ejecuciones; pataleó un poco y el profesor Inchauspe corrió y lo salvó. O Teibal y Giménez que se perdieron porque se fueron lejos para probar la brújula. O Manfredi que se clavó



un anzuelo en el dedo y se lo tuvieron que sacar los choferes del ómnibus con una tenaza. Pero eso no me consuela. Igual la cosa para mí es grave, no me gusta.

Trato de armar bien la mochila, para que el Gómez no me la desarma, pero no puedo, me sobran puntas de cosas, lo que estaba antes bien doblado ahora es un bollo que ocupa el triple de lugar y no entra. El Gómez ya está con Aguirre, al lado mío. El próximo voy a ser yo. La mochila de Aguirre está bastante mal, y el Gómez se la desarma. Cuando está tratando de enrollar la bolsa de dormir, ve un círculo oscuro. Yo también lo veo y me sorprende que Aguirre pertenezca a la misma hermandad secreta. El Gómez huele el círculo oscuro y le dice "¿Te hiciste pis?". Aguirre apenas asiente con la cabeza, como diciendo "Sí, pero mantengámoslo entre nosotros". "Esto hay que secarlo", dice el Gómez y con toda naturalidad, sin siquiera sospechar que está traumatizando de por vida a mi pobre camarada, cuelga la bolsa de la rama de un árbol. Las risas empiezan a crecer, la bolsa de dormir flamea en la rama con el círculo oscuro en el medio: es la bandera de los incontinentes.

Yo aprovecho el revuelo para agarrar mis cosas y caminar como si buscara algo. "Me olvidé la cantimplora en el lago", digo en voz alta, aunque nadie me está oyendo. Camino hacia la orilla, saco la cantimplora y me pongo a cargarla con agua con la mochila a la espalda, agarrada con una sola tira. El movimiento me sale bien: un resbalón común, bastante posible, y la mochila está en el agua. La demora en sacarla también es creíble, porque está totalmente ensopada y muy pesada. Es un triunfo absoluto, y por eso aguanto muy bien las burlas, incluso afronto sin problemas el reto del Gómez que me hace sacar todo y desplegarlo sobre el pasto. Lo hago con tranquilidad, ocultando la sonrisa porque está todo igual de mojado y oscuro. Mi bandera de pis no se nota para nada y pienso que ojalá, cada vez que voy a dormir a la casa de un amigo, pudiera a la mañana siguiente inundar la habitación abriendo todas las canillas o sumergir la casa en el fondo del mar o algo así, para evitar esa evidencia terrible de los colchones mojados secándose al sol.

HAY AMORES QUE MATAN

LUISA VALENZUELA



Ante lo sublime del paisaje él sintió la necesidad de expresar sin palabras lo que resonaba en su corazón desde que la conoció. Estaban en lo más alto del monte, a sus pies se encadenaban los lagos y frente a ellos, tras los lagos, la cordillera se erguía majestuosa y nevada.

Él busco por el suelo rocoso alguna mínima flor, no digamos ya un edelweiss, y sólo encontró una varita de plástico verde fluo, de esas que se usan para revolver el trago. Se la brindó a ella como una ofrenda: «es mágica», le dijo.

Y ella, que compartía sus sentimientos, la aceptó como tal y para demostrárselo elevó la varita mágica en el aire y con gracioso gesto señaló el pico más alto que asomaba inmaculado a través de las azules transparencias pintadas por la lejanía.

—Quiero una mancha roja allá—, conminó.

Y ambos rieron.

Quien no pudo reír en absoluto fue el alpinista solitario que perdió pie en ese preciso instante y se desplomó sobre las afiladas aristas del barranco, poniendo una mancha roja precisamente allá, en el pico más alto.

Allá donde ni los dos enamorados ni nadie lograrían jamás verla.

DAMA Y REY

JUAN JOSÉ PANNO

La noche anterior al partido de esta historia había leído en un libro sobre mitología de ajedrez que una dama y un rey pueden optar entre 364 posiciones diferentes para dar jaque mate al rey contrario. El tipo lo recordó justo en el momento en que quedó de frente al arco rival, a unos diez metros, y el arquero a mitad del camino. Calculó que no iba a llegar a 364 variantes, pero se dio cuenta enseguida de que las posibilidades eran muchas. Podía pegarle fuerte abajo contra el palo izquierdo; podía darle fuerte y abajo pero al otro lado; podía picarla por sobre la cabeza del arquero; podía meterla, si apuntaba bien, entre las piernas del arquero; podía intentar la gambeta corta y pegarle abajo, a la salida de la gambeta; podía darle seco, de chanfle, con tres dedos; podía tocarla a un costado para que el gol lo hiciera el wing derecho que venía acompañando o podía pasársela al volante que venía por la izquierda tocando pito; no eran 364 posibilidades diferentes, pero a treinta podía haber llegado si no hubiera sido que entre tantas cavilaciones, el tres de Abogacía se le tiró a los pies desde atrás, le sacó la pelota limpita y los de Filosofía no tuvieron, después de ésa, ninguna otra posibilidad de marcar el gol del honor aquel día del ocho a cero.

ARRIAD EL FOQUE

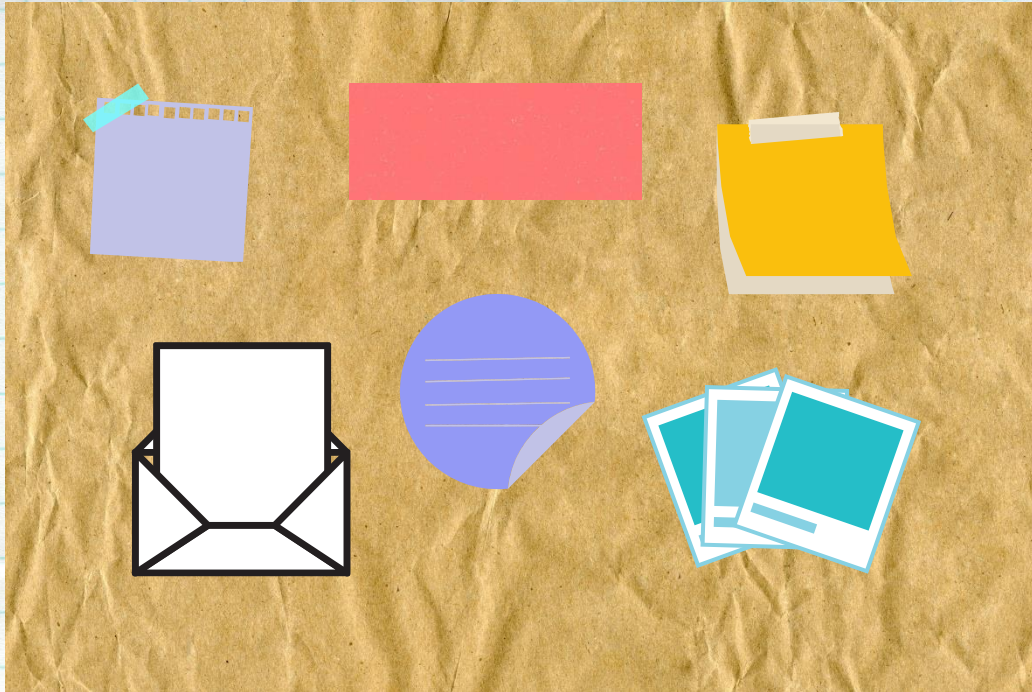
ANA MARÍA SHUA

¡Arriad el foque!, ordena el capitán. ¡Arriad el foque!, repite el segundo. ¡Orzad a estribor!, grita el capitán. ¡Orzad a estribor!, repite el segundo. ¡Cuidado con el bauprés!, grita el capitán. ¡El bauprés!, repite el segundo. ¡Abatid el palo de mesana!, repite el segundo. Entretanto, la tormenta arrecia y los marineros corremos de un lado a otro de la cubierta, desconcertados. Si no encontramos pronto un diccionario nos vamos a pique sin remedio.

TRABAJO PRÁCTICO EVALUATIVO de un cuento dentro del género narrativo.

Actividad creativa

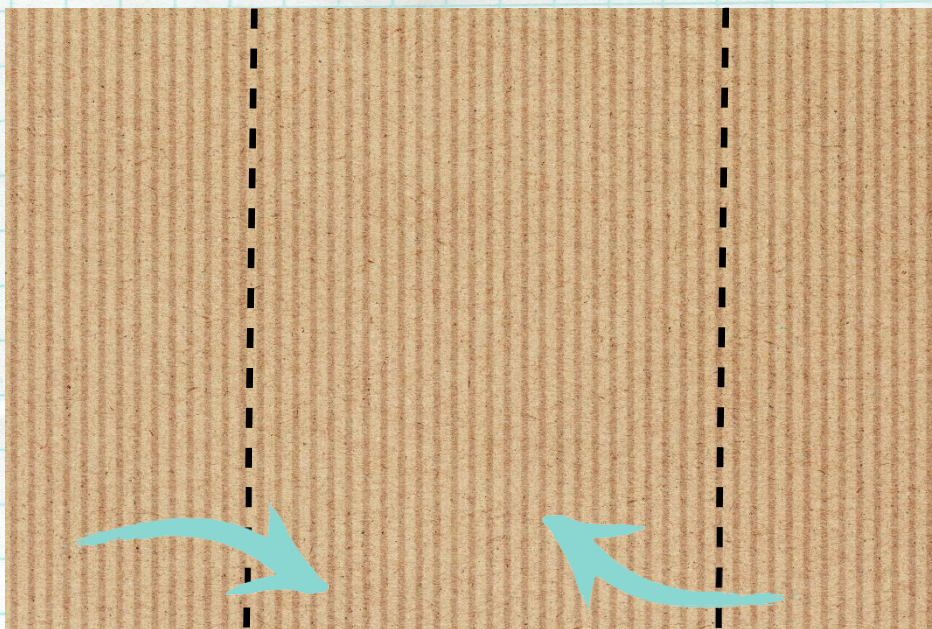
Creamos lapbooks literarios



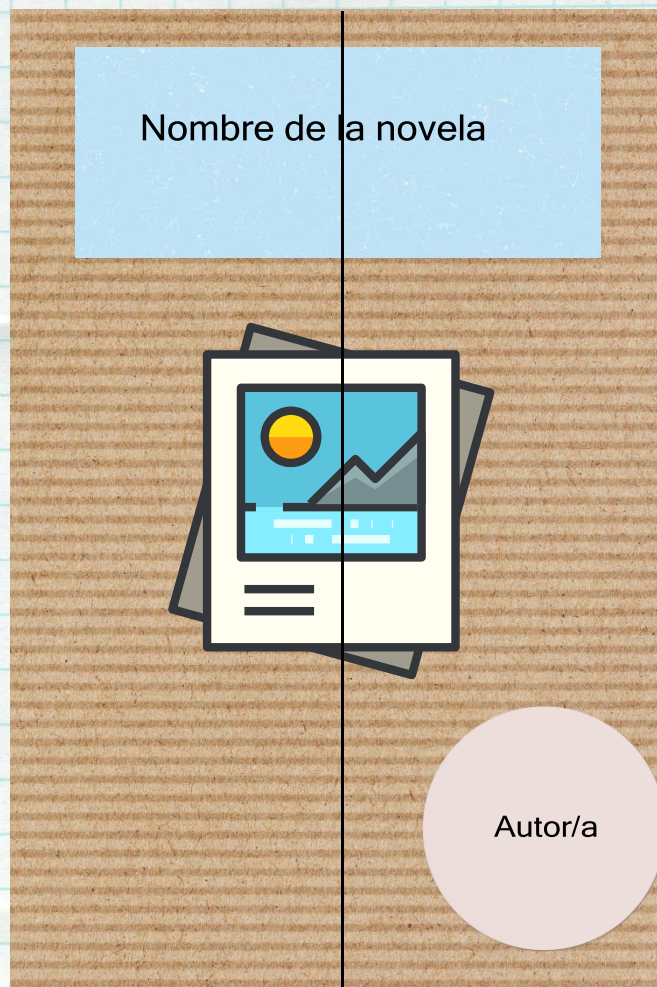
Este lapbook será para presentar de una manera nueva, original e innovadora la lectura realizada de un cuento en específico seleccionado.

Para hacerlos, pueden seguir los siguientes pasos:

1. Elijan una base para empezar a diseñar el lapbook. Puede ser cartón corrugado, cartulina, papel madera... Deben doblarlo de forma tal que queden dos solapas que formen la portada del libro desplegable.



2. Diseñen la portada de su libro desplegable. Hay datos que no pueden faltar: nombre de la obra literaria o cuento, autor/a, alguna imagen que acompañe el texto.



3. Diseñen y escriban las siguientes categorías que tendrá adentro el lapbook.

- SINOPSIS DEL ARGUMENTO
- PERSONAJES (AGREGAR UNA DESCRIPCIÓN Y ROL EN LA OBRA)
- OPINIÓN PERSONAL
- CITAS TEXTUALES (ELEGIR UN CRITERIO QUE PREFIERAS PARA SELECCIONARLAS)
- IMÁGENES O DIBUJOS QUE ACOMPAÑEN EL LAPBOOK E ILUSTREN LA INFORMACIÓN
- CARACTERÍSTICAS DEL GÉNERO LITERARIO AL QUE PERTENECE



4. Revisen las categorías desarrolladas.
5. Listo, es momento de presentarlo.

Estos son algunos ejemplos...

